

LAS CAVERNAS

DEL ALMA

LAS CAVERNAS

DEL ALMA

MANUEL VILCHES MORALES

Primera edición, 2015

© Manuel Vilches Morales, 2015

© Triskel Ediciones, 2015

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-944045-6-6



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

**PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA CORTA
GIRALDA, 2014, DE LA ASOCIACIÓN ARTÍSTICA Y
LITERARIA ITIMAD**

**(Basado en sendas investigaciones de los Doctores
Francisco Núñez Roldán y José Antonio Pineda Alfonso,
sobre el Legajo 4472 / Sección de Justicia / Archivo
Palacio Arzobispal de Sevilla, sobre el pecado nefando
cometido por don Francisco de Salazar, obispo de
Salamina, en tierras de Extremadura, en julio de 1578)**

A la memoria de Lorenzo de Santas Martas.

"En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
no esconda como acero
en mi pecho su ala,
sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento."

Luis Cernuda

"Agonía, agonía, sueño, fermento y sueño.
Éste es el mundo, amigo, agonía, agonía".

Federico García Lorca

De ángeles y demonios (con permiso de Dan Brown)

Arrojar, como un desperdicio, el alma a una caverna; ocultarla en su oscuridad cenagosa; confundirla y engañarla con insanos artificios (como nos cuenta Platón en su *República*), es signo de poca humanidad. Nada como el conocimiento a la clara luz del día, como el cielo sin nubes. Como la libertad.

A estas alturas de la Historia es más fácil el vuelo, y el diálogo; a nuestro alcance tenemos la posibilidad de salir de ella, de esa caverna deshabitada de mitos; de discernir, de crecer, de vivir. Sin embargo, aún hoy (o quizás hoy más que nunca), mostrar las debilidades sigue siendo gesta de valientes. La hipocresía reina con su capa de oro y mentiras por los siglos de los siglos.

Quizás sea el calor opresivo, el polvo que se adhiere a las sotanas, la impiedad del verano. O es el deseo sin más el que inclina la balanza. Pecar, estar maldito; dejar que la cueva sea tan profunda que llegue en línea recta al umbral del infierno.

Hablar directamente de algunos temas, tan humanos y trágicos, es espinoso. Acariciar las pieles de los pecadores, oler la fetidez de su aliento, escuchar sus confesiones nos repugna; bajar con ellos a las mazmorras teniendo como alternativa el campo abierto, el murmullo del río y el valor de los pájaros.

Insisto: es el calor, la llama del infierno saliendo por la boca de un pueblo ensimismado en sus fervores (no necesariamente Campillo de Llerena); obnubilado por las dádivas generosas, las novenas y rogativas, el tintineo de las cuentas del rosario y el olor a incienso que lo cubre todo con la feble felicidad de la engañifa.

Manuel Vilches Morales no quiere más engaños. Su voz, que a veces se quiebra por el dolor del mundo, abre para nosotros los legajos de la sección de justicia del palacio arzobispal de Sevilla para airear el borde de la herida. El goce de la carne, de la carne prohibida. Carne joven y frágil de fugaz inocencia. Territorio prohibido, peligroso. Un camino asegurado a la pena de muerte.

Esta novela no es sólo una novela, sino parte de nuestra historia. Como tampoco sus protagonistas son ficticios, aunque su realidad se exagere hasta la mueca. Pero eso no es algo importante para lo que quiero decir. Este libro es, ante todo, un grito, un rugido articulado en el que la riqueza de las palabras nos cautiva, tira de nosotros hasta el fondo limoso de las mazmorras. Su música oscila entre la terrible sentencia de la Inquisición, el cristal roto de los mozos recién estrenados y el eco imperceptible de la voz de la conciencia. *Las cavernas del alma* se iluminan con la luz lechosa de la luna como un reguero de semen maldito; huele a lujuria. En ellas se escuchan las dudas, terribles, del obispo; se acaricia la piel joven y lozana de un dios de veinte años; se saborea la sangre del azote. Todos los sentidos traspasados por un relato lúgubre que preferiríamos no conocer, ignorar, olvidar.

Pero es la Literatura una de las mejores armas para que todo permanezca, es la pluma el escudo que se yergue como un

espejo donde mirarnos y reflexionar. La historia del obispo de Salamina no perpetúa sólo la de un pecador inclinado a la juventud y al sexo. Habla de la Verdad con mayúsculas, de ese otro y más general pecado del mundo donde el oropel de la apariencia oculta lo que somos, donde la limosna compra el Reino de los Cielos, donde el poder nos salva y ser pequeño es el mayor de los errores. Y de todo eso podrían escribirse larguísimos tratados.

Aunque mejor no extenderse (yo tampoco he de hacerlo), sino exponer con los mejores pinceles este cuadro: un grabado oscuro y en penumbra; un laberinto de tinta china y sangre, de luz vacilante y engañosa, de velones de sebo y candiles de aceite que nos hacen dudar de la responsabilidad de la culpa y del candor de la inocencia, de los difusos límites entre el mártir y el verdugo, del poder libertador del amor o la esclavitud a la que nos somete. Todo es confuso, contradictorio y a la vez, o por ello, fascinante, y resalta con brío la debilidad de los mortales, pues no a otra cosa se empeña el autor de esta obra sino a analizar al Hombre, el de ayer y el de siempre: un pequeño muñeco de barro y desesperación, un arcángel caído y enfrentado al muro recorrido por las siluetas borrosas de la eterna caverna.

Elena Marqués

1

El pecado furtivo del obispo permanecía insospechado, año tras año, bajo la tapadera frágil de una sólida reputación. Nadie en el vasto imperio Habsburgo imaginaba que aquel vicio pagano, como un lodo milenario, encenagaba su alma granjeándole una mazmorra en los avernos de Lucifer.

Sus exhibidas dádivas a hospitales sin mantas y mendigos con tiña le otorgaban un cierto tufo de santo en vida, y al reconocerlo por calles enlosadas y caminos de herradura, cándidas beatas y campesinos tochos caían de hinojos ante él, temblequeando de emoción, con un fervor analfabeto reluciendo en sus pupilas y esbozando algún balbuciente padrenuestro.

Pese a la egolatría exhibicionista de sus limosnas en oro de Chihuahua y plata de Zacatecas, aquella generosidad sin lindes rozaba realmente la beatitud, o incluso la santidad. Pero el olor a incienso y pétalos de rosa que los palurdos más crédulos decían percibir a su paso, no ligaba con aquel pecado siempre inconfeso, que lo condenaba a vivir arrastrando la cadena gruesa de su angustia.

Quién diría que aquel clérigo pródigo en limosnas y bendiciones, asiduo visitador de moribundos, confortador eficaz en mil velorios, y gran teólogo que había brillado en los

debates del Concilio de Trento, pudiese llevar ya tantos años viviendo una vida postiza.

Qué buen cristiano sospecharía que aquel venerado obispo, de ademanes refinados e historial limpio cual patena, ya hacía tiempo que gozaba y jadeaba —en las horas más perdidas de su agenda— lamiendo y profanando la piel tersa del joven paje de turno que cada temporada se agenciase.

Lo enloquecían los pollancones de buen empaque y mal pelaje. Y aquella pasión clandestina lo esclavizaba de por vida. De forma que, cada cierto tiempo, reclutaba como paje al pollo que le parecía más bello y morboso entre los rufianes que se topaba por los caminos.

Tras embriagarse de él, al cabo de unos meses lo desechaba por otro que se le antojase más sabroso. Y así, como quien colecciona frías estatuillas de porcelana de rasgos perfectos, el obispo contaba ya con una larga ristra de antiguos *erómenos*, alquilados siempre en el submundo de la marginalidad, que cual preciosos trofeos de caza furtiva poblaban su recuerdo.

Fingidos ángeles de efébrica esbeltez, aquellos pícaros cuyo trato la gente honrada rehuía y evitaba, ejercían una extraña fascinación sobre el obispo, quien jamás mostraba interés alguno por jóvenes de porte fiable y costumbres virtuosas. Por el contrario, aquellos zascandiles de mirada turbia y puñales siempre ocultos en el jubón, parecían hipnotizarlo cada vez que se cruzaban en su ruta, haciéndolo sentir una especie de excitación irresistible ante el peligro.

No eran trigo limpio. Curtidos en los barrios más infames de cada urbe del imperio, violaban monjas y socorrían a rameras. Asaltaban a honrados mercaderes y alternaban con borrachos putañeros. Orinaban sin pudor en las aceras y negociaban con

su cuerpo en las letrinas. Y sin pedir permiso a nadie, se adueñaban de esquinas y callejas que con miradas torvas defendían, marcándolas cual territorio propio, por donde la gente de bien ya nunca se atrevería a pasar.

Con frecuencia convertían en feudo suyo todo un barrio, transformándolo en un territorio sin ley, nido de pícaros, charranes, quinquilleros, ratas como liebres y hembras "de ésas que llaman del partido".

Burlando cual zorros las mangas verdes de la Santa Hermandad, robaban cálices y custodias colándose en sacristías y sagrarios. Desvalijaban talleres de orfebres y asaltaban tiendas de curtidores. Vendían alhajas falsas en los zocos y malvendían joyas auténticas de procedencia nunca dicha.

Como potente reclamo sexual, aquellos bellacos con acné lucían cicatrices de puñaladas cual trofeos. Rehuyendo siempre pringarse en el trabajo, sin rubor alquilaban sus favores a viudas sin consuelo y a frailes sin vergüenza, ejerciendo a menudo de pajes complacientes por el mero sustento alimenticio.

Sin embargo, precisamente por toda la perversión que aquellos mancebos de la vida rezumaban, eran seres divinos a los ojos del obispo, quien con fervor inconfeso adoraba la lozanía y agilidad de sus cuerpos, la dureza suburbial de sus miradas, la obscenidad desvergonzada de sus gestos, el descaro de sus continuos delitos, la impudicia de sus chistes, la felonía de sus planes y, sobre todo, la sudorosa potencia de sus cinco miembros de carne joven.

Pero al paso del tiempo, como un dragón encerrado en una cripta, aquel ardiente sacrilegio crecía, tornándose cada vez más difícil de esconder. Aun así, durante luengos años, la vida

subterránea del eclesiástico permaneció milagrosamente a salvo de la mirada implacable del mundo.

Tras aquella máscara bien labrada de su imagen, nadie atisbó el ascua al rojo con que el clérigo jugaba a deshora, cuidando mucho no quemarse. Sus homilias fervientes glosando el sexto mandamiento disfrazaban de castidad su lascivia. Sus broncas atronadoras desde los púlpitos de las muchas iglesias donde oficiaba -dado su cargo de "Obispo Itinerante"-, advertían sin tregua a los fieles sobre los peligros de la carne, cargando sobre ellos todo el hierro del Catecismo, y seduciéndolos con su estampa estilizada de místico ingrátido y en levitación.

Pese a todo, su propio monstruo se le fue de las manos cuando —sin que jamás lo hubiese planeado— se enamoró, y hasta el límite del delirio, de uno de aquellos diabólicos arcángeles del arrabal.

Todo lo que sentía era ya demasiado grande para seguir oculto por más tiempo. De repente descubrió, con horror, que por primera vez en su larga vida itinerante, era incapaz de desechar a su paje y alquilar el amor hueco de otro más lozano, como tantas veces había hecho. Sentía que si lo hacía, muy dentro de él, algo se quebraría para siempre.

Desde entonces, sabiéndose rehén de aquel ángel terrible del amor, comenzó a auto-flagelarse día y noche con una pregunta obsesiva: "¿qué siente él hacia mí?"

Pero aquella pregunta tardaría mucho en resolverse, dado el carácter enigmático y escurridizo de "su adorado Lucifer" — como él llamaba a su bello arcángel profanado, en la intimidad sudorosa de sus ratos compartidos.

"¿Qué siente él hacia mí?", se preguntaba, obstinadamente, hipnotizado siempre por la imagen fija de los ojos negros y

brillantes del mancebo, naufragando en el tormento insomne de sus madrugadas, a rastras de una ofuscación de púber, tan impropia ya de su edad, mientras se torturaba analizando cada palabra, cada mirada y cada gesto que "su adorado Lucifer" le dejaba caer durante el día.

Ansiaba una respuesta al jeroglífico de aquel lenguaje de gestos enigmáticos y palabras polivalentes, que aquel joven de alma inasible y mirar de carbón cruelmente usaba, hallando un gozo secreto ante el desconcierto de su amo. Un laberinto verbal en el que cada frase tenía múltiples aristas, y por cuyos confusos pasadizos el obispo se perdía.

En la cima de su crueldad su pollancón le sonreía, y al punto lo apuñalaba con sus ojos, cargados de un odio de carbón brillante. De improviso le llamaba "salvador mío, que rescatóme de la corriente turbia del arroyo", y al rato le helaba el alma con un hiriente "cacorro tiñoso, que buen partido sacasteis de mi necesidad".

A veces, sin venir al caso el joven le regalaba una roja flor de geranio a escondidas, y al punto se ruborizaba y le escupía en la sotana a la altura de la entrepierna, exigiendo se la devolviera al instante. Como si en su interior se libraba una batalla.

A veces le obsequiaba su cuerpo con una expresión de agrado y picardía, y otras veces se lo cedía como asumiendo una condena a galeras. Y entonces, cuando por cumplir con su Señor le prestaba su belleza con desgana, su rostro de repente se tornaba tan sombrío que hacía sobrecogerse al obispo, quien contemplaba atónito cómo su paje de pronto rescataba aquel antiguo gesto tan suyo, y tan indescriptible; un gesto que sin aviso destapaba el fondo de un alma condenada a vagar a la intemperie, soportando el frío perpetuo de la noche de su vida,

aflorando del mar negro de sus ojos una tristeza infinita y una trágica resignación.

Aquel paje de carácter jeroglífico, jamás respondía a la asfixiante pregunta de su amo, dándole siempre un silencio evasivo por respuesta, o cambiando bruscamente de conversación, o recordándole que ya era la hora de Maitines, o del Ave María o del Santo Rosario; o a menudo mareándolo en un mar de teatrales fruncimientos del ceño, risas sarcásticas, amistosos cachetes y tirones de oreja, inescrutables palmaditas en la espalda, medias sonrisas con sentido triple, suspiros de resignación y continuos bufidos de hartazgo.

Entretanto, en las cavernas secretas de su angustia, el alma en ascuas del obispo se retorció, maldiciendo sus propios sentimientos, renegando del día en que sin aviso se cruzó en su ruta aquel mancebo, divino y diabólico a la vez, cuya sensualidad despiadada lo subyugaba, cuya interioridad insondable le fascinaba, y cuya ingenua perversión lo enloquecía, abocándolo inevitablemente al amor.

A cambio de alimentarlo, vestirlo, calzarlo y protegerlo con su santa autoridad, el prelado tenía acceso a todos sus servicios como paje. Los que eran obvios y los que no se mencionaban pero se sobreentendían. Incluida la profanación diaria de su cuerpo de dios mozo. Y tal profanación era el apéndice que cerraba un contrato nunca escrito y nunca hablado, que sin palabras ambos dieron por sentado de antemano.

Desde el primer momento su cuerpo le perteneció. Pero ahora, el clérigo se preguntaba si alguna vez podría tener también acceso a su alma. Ya no le bastaba sólo su amistad, ni su servidumbre resignada, ni los masajes con sus manos brujas en la espalda y el cuello, ni la imagen sublime de su

ensimismamiento al caer la tarde, ni aquellos otros servicios oscuros e innumbrables. Necesitaba más. Mucho más. Necesitaba el amor de Lucifer.

Por otro lado, dilucidar aquel enigma que el joven tal vez guardaba bajo siete llaves en los sótanos de su alma, supondría a la larga un esfuerzo agónico para el amo. Pues durante mucho tiempo, el propio paje fue un enigma para sí mismo.

Durante aquella larga espera sin respuesta, la ambigüedad maligna del criado carcomía la benigna paciencia de su mantenedor. Y aquel amor forajido de un carcamal con sotana por un pícaro piojoso tenía un cariz tan amoral y mórbido, que no apuntaba un buen final.

Aquel sentimiento prohibido de un viejo de venerable barba franciscana, por un joven que los domingos se afeitaba con su propia *faca* de asaltante esquinero, era metáfora cabal de los dos mundos tan distintos de los que procedían. Y aquel afán amordazado del obispo, tal vez adelantándose a su tiempo, enfrentaba un universo de barreras morales insalvables.

Pero enfermo de amor, aquel amante fiero jamás se rindió. Como todos los de su privilegiada clase aristocrática, estaba acostumbrado a conseguir todos sus antojos. No obstante, sabía bien que su osadía sin límites abría un inmenso socavón en el futuro, por el que se adentraba peligrosamente, adelantándose al mundo cuatro o cinco siglos.

Se sabía ya preso en un bosque de espinos, del que no saldría sin algún que otro arañazo. Conocía bien el peligro que enfrentaba. Aun así, enloquecido por la belleza, acabaría dándose de bruces contra todas las esquinas del mundo.

2

Hasta aquel verano delator de 1578, por puro milagro nadie había quebrado aún la privacidad opaca del obispo. Pero como un presagio, días antes de que su gran secreto explotara, el clérigo se sentía peor que nunca. Bien cumplidos ya sus cincuenta, por aquellos días se quejaba más que nunca antes de una antigua opresión en el pecho, como un volcán interno que pugnase por reventar, poniéndolo en cueros ante el mundo.

Fue por entonces cuando, con el plomo de su conciencia siempre a cuestas, y cumpliendo la rutina itinerante de su misión pastoral, el prominente clérigo visitó la villa extremeña de Campillo de Llerena, momento y lugar que dividieron el tiempo y el espacio.

Aquella tarde, el obispo entró en Campillo sentado a la usanza mujeril sobre una yegua exhausta. El polvo de la región extrema y dura cubría el negror de su sotana de una pátina terrosa. Su frente y carrillos brillaban con un sudor pegajoso, que expandía manchones en la tela por espalda y axilas.

Al declive de aquel día de Santa Ana, la cercana Campiña Sur Extremeña era una inmensa plancha hornera, sobre la que mil segadores de esparto se tostaban cual perrunillas típicas de la tierra. Y al norte de la campiña, la serranía suave y poco elevada

sobre la que el pueblo de Campillo se asentaba, con sus pendientes y barrancos, hacía aún más fatigoso el camino.

Aunque ya empezaba a atardecer, el agobio de la flama retenía aún a muchos lugareños en la modorra de sus alcobas, dormitando una siesta casi eterna, ajenos a la visita de aquel prelado itinerante, que dedicaba su vida a recorrer villas y villorrios, confirmando en la fe cristiana a piaras de chiquillos descalzos y harapientos.

Formaban su escaso séquito tres sirvientes, que a lomos de mulos cansinos de mirada triste, lo seguían en fila india, acogiéndose a él de por vida con ese apego fiel a que el hambre aboca, arañando sus dádivas en doblones de oro indiano con un agudo olfato de grajos.

Oliendo a rancio y a zorruno, con sus ropas empapadas en sudor, jadeando cual galgos por llegar al pueblo, los tres criados —de modales más rudos que su amo— espoleaban y arreaban con una ristra de insultos recurrentes sus cuitadas bestias, que ahítas de camino parecían ya a punto de desplomarse.

Sus semblanzas y edades divergían tanto, que ignorando que compartían amo y camino nadie los asociaría: un sobrinón bien cebado, cuya edad pasaba ya los veinte y cuya mala leche igualaba su carnosidad porcina; un ya arrugado franciscano portugués, enjuto y cincuentón, tan triste como un fado y tan calvo como austero en sus costumbres; y al servicio de todos cual jarrito de manos, un pajote ya bien crecido, que alcanzaba ya la altura de un adulto y, al contrario de otros pajes, recordaba bien su edad; sus veinte años de picardía y podredumbre, que a menudo exhibía cual título de probada nobleza.

Era este paje un pollancón de cuello esbelto y ágiles miembros, melena negra con restallantes reflejos, y unos inmensos ojos de carbón que a menudo le brillaban, incapaces de esconder sus emociones. Cual infinitos océanos nocturnos. Tan negros y misteriosos como su propio pasado.

Tras cuatro lustros subsistiendo entre la escoria, tenía el bribón bien frondosas sus partes ya maduras, y un resonante vozarrón que de vez en cuando alternaba con silencios enigmáticos. Pero el muy bellaco era de rasgos tan sublimes, que diríanse dibujados. Ágil y esbelto cual jineta. Sagaz y rápido cual lagarto. Talle mimbreño, cutis color miel con tonos bermejos y rostro muy bien agestado.

Pese al entorno rufianesco de su origen —aquel inframundo peligroso donde el clérigo tenía su picadero—, era un felón con inauditos destellos de arcángel, contradicción que fascinaba y enloquecía al obispo, quien nunca antes gozase un paje de tan dulce verga y personalidad tan atrayente.

Cierto era que el muchacho aún conservaba, por milagro, un mal disimulado toque de ingenuidad infantil en su gesto. Además, cuando no se creía observado, a su rostro afloraba aquella tristeza oculta, tan honda que incluso asustaba, descubriendo una indefensión y una falta de afecto que, calladamente, hacían humedecerse las pupilas de su dueño.

La volubilidad de su carácter aún poco cuajado, lo hacía parecer a ratos ángel y a ratos *daimon* del submundo, y su precoz capacidad de captación psicológica lo convertía en la persona que mejor conocía al obispo, de quien interpretaba cabalmente cada silencio y cada gesto, adivinando qué iba a decir y hasta qué pensaba en cada instante, y mostrando una

muda complacencia cada vez que en privado le llamaba "mi adorado Lucifer".

Aunque su nombre real era Lorenzo de Santas Martas, el zagalón se sentía en el fondo halagado con aquel apodo íntimo, que parecía desenmascarar su identidad profunda. Tanto era así, que a veces estuvo a punto de pedirle a su amo que le llamase así también en público, a lo que finalmente no se atrevió, temiendo fuese pecado.

Lorencillo no tenía ni un solo defecto en su hechura, de proporciones perfectas y rasgos imposibles. Como esculpida por un maestro imaginero, su grácil figura enarbolaba el vigor de la naturaleza en el mástil flexible de su talle. Y como un imán, a todas horas atraía hacia él miradas subrepticias, provocando en hombres y mujeres, sin él saberlo, sueños húmedos y fantasías inconfesables.

Movilizándose nerviosamente ante la imprevista visita, el cura y el alcalde pronto hallaron dónde alojar al obispo. Atendiendo los ruegos del franciscano portugués -que en cada pueblo abogaba por evitar a su señor ventorros y mesones infestos de pasantes de condición más villana-, le agenciaron alojamiento en una mansión de la encomienda del Maestrazgo de Santiago, más acorde con su dignidad, de la que era casero el vecino devoto y laborioso Diego Ximón.

De una rusticidad señorial, la mansión era accesible al pueblo por un corto callejón empedrado, y sus paredes de cal sembradas de desconchones evocaban la blancura tachonada de almendras del turrón de Azuaga.

Aparte de Diego con su mujer y sus tres hijas, ya bien mozas, habitaban la casona dos familias de braceros, que por el plato de lentejas y un parco jornal, la Orden empleaba en la labranza

de sus tierras, y que con obnubilación analfabeta celebraron el anuncio de la visita como un privilegio que les honraba y les hacía importantes ante la villa.

Mientras el cura y el alcalde acordaban con el casero los últimos pormenores del hospedaje, los cuatro convidados descansaban del camino en la casa parroquial, al tiempo que el gradual descenso de la luz marcaba el lento avance del crepúsculo, y al reclamo de una brisa bienhechora los lugareños empezaban ya a salir de sus casas.

Gañanes sudorosos regresaban de la siega a lomos de bestias de gesto serio, y cumpliendo un ritual inexcusable acudían con devoción a tabernas iluminadas con candiles y velones de sebo, mientras grasientos candilones de aceite se encendían ya en los dormitorios, cocinas y zaguanes de las vetustas viviendas de paredes gruesas y encaladas.

Y lentamente el pueblo se fue sumiendo en una oscuridad que lo transformaba por completo, que lo envolvía en el misterio, que lo convertía en otro pueblo muy distinto, inmerso en una penumbra intrigante donde puertas y ventanas vertían al exterior una trémula luz amarillenta.

Irrumpiendo en la noche primeriza, la gran noticia se coló por mentideros y zaguanes. El evento, largos años esperado, sumió a la pequeña población en un súbito ambiente de fiesta, en el que todos parecían sentirse secretamente a salvo, protegidos por la mano invisible de aquel santo caminero, cuya sotana polvorienta se afanaba por besar todo un imperio, donde no se ponía el Sol. El más inmenso imperio que nunca antes el mundo hubiere conocido.

El fervor que despertaba la visita se palpaba en mil reacciones y detalles. Ornaban las pecheras de las hembras

medallones de San Bartolomé -el Santo Patrón-, y recosidos escapularios de Nuestras Santas Señoras de Guadalupe, de Tentudía, del Valle, de la Granada, del Ara, de las Nieves y hasta de Covadonga, mientras se hacía cola en la puerta de la sacristía parroquial para encargar al padre cura -aquella misma noche- una ristra de misas, novenas, rosarios y rogativas.

Asimismo, aumentó de súbito la generosidad de los feligreses, llegando a obturarse de monedas los tres cepillos de la iglesia. El del altar mayor, el de la entrada y hasta el del sagrario. Mientras por todo el pueblo resonaba ya un rumor monocorde de tenaces rosarios compartidos, improvisados en las bancas de la abarrotada parroquia, y ante los recoletos altarejos domésticos que por entonces abundaban en las casas.

A la luz de hogueras imprevistas, mesnadas de zagalillos se enfrentaban en simuladas batallas, con espadas que eran palos agenciados en las cuadras, escudos que eran tapas de peroles y cascos que eran calabazas partidas y reseca. Y aquel bullicio de guerra intempestiva sacaba el enojo de las viejas a las puertas entreabiertas de sus casas, donde refunfuñaban un rato sobre el umbral, sin que nadie les hiciese caso.

Sorteando cagajones de bestias y cagalutas de cabras, zagales descalzos y con remiendos en los codos del jubón apaleaban billardas por plazuelas terrizas, saltaban a pídola estorbando el paso a los mayores, torturaban murciélagos caídos de las tejas ancianas de la iglesia, y embarcaban bolindres de arcilla tras las almenas ruinosas del campanario.

Entretanto, en el llano enlosado de la plaza parroquial, sin la rudeza de los juegos masculinos, meoncillas y mozuelas hacían corros cogidas de la mano, y girando cantaban a coro romances rancios de pastores y coplillas pícaras sobre bodas y noviazgos,

turbando la lasitud cálida de la noche de julio con sus risas agudas y sus voces delgadas.

Se reavivaron de pronto por tabernas y zaguanes las leyendas que siempre acompañaban a aquel prominente personaje público. Se contaba que el obispo hacía milagros como quien fríe tejerinos. Que había obrado un surtido de prodigios por las aldeas y majadas cercanas. Que hacía manar veneros secos y tornaba pedruscos en hogazas de pan tierno. Que ahuyentaba las plagas de langostas y expulsaba al diablo del pecho de las suegras.

También se aseguraba que lobos, alacranes, víboras y ratas huían de su presencia. Que atraía riqueza y bendición a los pueblos, aldeas, villas y villorrios donde pernoctaba. Que la cama en que dormía una sola noche cobraba dones curativos. Que cada mocosuelo a quien ungía con sus óleos en la Confirmación, sería por siempre salvo de la desventura de contraer la lepra, la peste, el cólico miserere o el baile de San Vito.

Se decía que aquel santo merecía un altar en cada catedral, en cada iglesia, en cada convento y en cada ermita. Que su verbo era de miel, y confortaba el alma de los melancólicos. Que amén de su buen hablar, su caridad era tan ciega que había repartido una fortuna por sendas, cordeles, caminos reales y cañadas, entre los muchos pícaros, pedigüenos, apestados, ciegos y leprosos que por santo azar se iba topando.

Ya en la cima del delirio colectivo, según cierta tradición, aquel hombre no era otro que el propio San Francisco de Asís, que bajo nueva identidad había descendido de los Cielos por socorrer a la raza humana en sus tribulaciones.

La figura estilizada del obispo, su rostro fino y agradable y su barba comedida evocaban, vagamente, la imagen clásica del santo frailuco. Y aquel vago parecido inflamaba la imaginación del vulgo, en su mayoría analfabeto y ahogado en un océano de superstición.

Pero en aquella guirnalda de leyendas milagreras había un hilo de verdad, aunque envuelto entre prodigios fabulados y exageraciones literarias, que formaban parte ya del repertorio clásico de los romances de ciegos.

Una hebra de verdad que era difícil de discernir en aquel cúmulo de romances truculentos que, escuchados siempre con gran interés por plazas y altozanos, recorrían con gran éxito y audiencia los ínclitos reinos de Su Serenísima Majestad, Felipe, el rey burócrata, el rey prudente. El más poderoso rey que jamás haya existido.

Obviamente, el obispo no era San Francisco reencarnado. Ni ponía en fuga las alimañas más abyectas. Ni curaba pestes ni dolencias convulsivas. Ni exhibía milagros por encargo en ventorrillos y cortijos. Ni tornaba en nido curativo el lecho en que dormía. Ni traía tesoros enterrados en el polvo perpetuo de sus sandalias. Ni exorcizaba suegras a destajo.

Pero sin duda, había gastado al menos un tercio de su riquísima hacienda en limosnas bestiales a los pobres e indigentes que, con la mano siempre extendida, lo seguían por todos los caminos del imperio. Con donaciones espléndidas había salvado de la ruina una docena de hospicios y hospitales. Incluso años atrás fue preso por el Santo Oficio, sólo por defender, “con sospechosa vehemencia”, a una joven curandera acusada de “pactos con el Maligno”. Había inmolado su vida

por mil rutas y senderos, predicando el mensaje de amor itinerante en que creía.

Más aún, teniendo acceso a todos ellos, el obispo rehuía siempre los grandes lujos. Y pese a su exhibicionismo en la entrega de sus limosnas -acto que siempre convertía en un alarde público-, jamás gustó de ceremonias vacuas y henchidas de pompa y boato.

Sin embargo, pese a tan grueso bagaje de méritos, el obispo no era un santo, sino más bien un mártir. Por sus caminos arrastraba un aura de santidad que sin pedirle permiso le endilgaron, que le venía muy bien para tapar su gran secreto, pero que trágicamente lo abocaba contra su propia conciencia. Un aura de santidad pegajosa cuyo peso se le hacía ya insoportable.

Pues sabía bien que su ardiente pecado subterráneo había corroído poco a poco su alma, y de aquel antiguo templo de virtud que un día fue su persona, sólo quedaba ya la vistosa fachada, que él tan hábilmente conservaba ante su feligresía, aunque en privado hasta su hablar y sus modales se habían tornado toscos y villanos.

Porque aquella oculta espina, en secreto le escocía. Aquella oculta espina era la causa del océano de angustia en que naufragaba. La espina punzante de la pasión prohibida, que convierte a cada ser humano en un impostor ante el mundo, amordazando los sentimientos más hondos, de por vida, en la negra opacidad de las cavernas del alma.

Hacía ya más de un año que aquel escozor interno había llegado a resultarle insoportable, al contraer, tan inesperadamente, aquella enfermedad antigua del amor. Desde entonces sentía un profundo apego, tanto espiritual como

carnal, por un joven que en realidad era un despojo del submundo. Pero por primera vez desde que le alcanzaba la memoria, el universo para él se resumía en un solo nombre, en un solo ser humano.

Sabía que aquello que sentía no era simple hambre de carnaza, la cual, por tanto abuso, ya se le indigestaba. Por eso hacía ya más de un año que ronroneaba en su cabeza, como un moscardón insomne, aquella pregunta ansiosa que lo rondaba a deshora y espantaba el sueño de sus noches: "¿qué siente él hacia mí?"

